

EL TRATO.

Pseudónimo: Traspíés.

-Vamos a hacer un trato. Yo te cuento mi vida y tú me escuchas. Yo te relato todo aquello que ví, dije y viví y tú me atiendes y aprendes. Aprender es bueno, es tal vez la una forma de evitar que suceda todo aquello que no quieres que te pase. Atiéndeme, Mónica, aún eres un bebé, pero es el mejor momento para que sepas lo que puede ser tu vida, tan lejana tu infancia que será a lo que fue la mía y la de otras tantas otras de mi época, que estuvo llena de lucha y de privaciones, un padre ausente y una madre luchadora. Un infarto les daría a tus padres si supieran que te lego mis conocimientos, pero sé que te vendrá bien, que llegará un día en el que te dirás: “Me acordé de los del 25 de marzo, de su lucha y de sus ideales, y por esa razón yo no tengo miedo”. Tener miedo en este país ha sido hasta hace cuatro días, lo más normal. Mi padre extremeño y era jornalero. Un oficio humilde el de trabajar la tierra, pero se hace casi imposible cuando esta tierra no es tuya y no hay nada que llevar a la casa. Mi hermana Virtudes, mi madre y yo pasábamos hambre. Pero no éramos los únicos, no te creas. Todo el pueblo lo pasaba, y no me refiero a un núcleo rural, a una villa, no, pasábamos hambre todo el pueblo español, o casi. Se libraban los que tenían dinero. Tener dinero en aquella época era difícil. Muchas veces veía trucar a mi madre cosas a cambio de otras. Por eso quizá se ocuparon las fincas, miles y miles de campesinos, pobres hasta el hartazgo. Fue un movimiento de aguas calmadas invadiendo una playa. Así lo describiría y eso que no ví el mar hasta treinta años después. Tú verás el mar antes que yo y te encantará. Pero volvamos a lo que te estaba contando, se produjo la ocupación. Ni un grito, ni una amenaza, ni un puño, tan solo la presencia de miles y miles de hombres hambrientos con sus azadas. Pero pese a que era lo justo, Mónica, no iba a ser sencillo. Eran días convulsos, días de fatigas. Muchas fatigas. Porque ya se estaba incubando una Guerra Civil. No hay nada peor que matarse entre hermanos, acuérdate de estas palabras. Mi padre y mis tíos estuvieron en todo ese fregado. En las fincas ocupadas y en la cárcel. Porque vinieron a por ellos, con la Guerra Civil encima aprovecharon para hacer limpieza. Mi tío Olegario y Emiliano murieron fusilados. ¡Tantos mataron que estuvieron relacionados con la pacífica sublevación! Mi padre se salvó, seguro que fue porque, según mi madre fue a

hablar con la mujer del Gobernador, pero a cambio le metieron preso. Mi madre tuvo que lavar y coser mucho más que antes. Íbamos siempre que nos dejaban a verle y mientras tanto mis padres se mantenían en contacto mediante papeles escritos con la punta minúscula de un lápiz. Y todo por querer apartar el hambre de la boca en un país que solo era para latifundistas despreocupados... Así que ya lo sabes, la lucha, esa fue realmente la lucha, la que duró años y años, generaciones enteras... Me gusta la ropita que te han puesto, Mónica, se te ve tan tranquila y bonita, dormida sin preocupaciones en tu canastillo, sabedora de que hay un biberón para dentro de un rato y de no volaran las balas sobre tu cabeza. Es algo muy importante lo que hemos adelantado. Y ahora que lo sabes, sé que valorarás lo que tienes durante toda tu vida.

Una puerta se abre, la mujer ve la cabeza de su hijo aflorar entre las sombras.

-Mamá, ¿se puede saber qué haces aquí?

-He venido a ver cómo dormía, Mónica.

-Vale, ya lo has visto, déjala tranquila. La comida ya está puesta a la mesa, ven a comer.

-Claro, Fernando. Ya voy.

Al pasar a la altura de su hijo, ambos se miran. Él no entiende exactamente que hacía en el cuarto de la pequeña.

-Es una preciosidad- le dice la madre.

-Gracias, mamá. Me ha parecido que le hablabas, ¿qué le decías?

-Bah, nada que, en su momento, cuando tenías su edad, no te haya contado a ti.